

Julio Fernández Manzano (1952-2017)



La muerte, no por esperada menos dolorosa, de Julio Fernández Manzano, profesor durante cuatro décadas del Área de Prehistoria de la Universidad de Valladolid, priva a la Arqueología de Castilla y León de uno de sus más importantes referentes y a sus compañeros de trabajo de una persona enormemente atractiva que se caracterizó por su generosidad, por su bonhomía y por un altísimo concepto de la amistad. Nacido en 1952, estudió el bachillerato en su Ponferrada natal, para obtener el título de Licenciado en Historia por la Universidad de Valladolid en 1976. Obligado por la necesidad de simultanear durante varios años la investigación con la docencia en un liceo privado, su doctorado sufrió cierta demora pero en 1985, siendo ya profesor Ayudante de la Universidad de Valladolid, defendió con la máxima calificación

una tesis titulada “Armas y útiles metálicos del Bronce Final en la Meseta Norte española” que la Junta de Castilla y León, por su interés y novedad, eligió para inaugurar su prestigiosa serie de monografías arqueológicas. En 1987 sentó plaza como Profesor Titular de Prehistoria en la Universidad de Cantabria, en la que permaneció dos cursos antes de regresar a Valladolid. Por último en 2007, tras nueva y brillante oposición, obtuvo una Cátedra de Prehistoria en la propia universidad vallisoletana, la cual desempeñó hasta 2013 en que por motivos de salud hubo de adelantar su jubilación.

A Fernández Manzano que fue muy popular y querido entre sus alumnos y que, como veremos, fue un dinámico investigador de la Edad del Bronce, tampoco le faltaron coraje y entrega para dedicar buena parte de su tiempo a la gestión universitaria. Durante seis años fue Secretario del Departamento, ocho Vicedecano de Organización Académica de la Facultad de Filosofía y Letras y cuatro Director del Curso de Pregrado y del Máster en Patrimonio Cultural de la Universidad de Valladolid. También se interesó muy vivamente por la renovación de los estudios de Historia, representando a su Universidad en el programa Tunning que la Aneca creara con ese propósito el año 2003.

Pero más allá de la docencia, de las referidas obligaciones académicas y de su preocupación por el patrimonio, que le llevó por ejemplo a dirigir el Inventario Arqueológico de la provincia de Valladolid, el principal quehacer del profesor Fernández Manzano fue la investigación que aplicó sobre todo al estudio de tres campos: los depósitos metálicos del Bronce Final de la Submeseta Norte española, la Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en las tierras interiores de la Península Ibérica, y la Arqueología del Paisaje, en este último caso en el marco del Proyecto Zona Arqueológica de Las Médulas que codirigió con F. J. Sánchez Palencia y M. D. Fernández-Posse.

Los depósitos meseteños del Bronce Final fueron el eje de su tesis doctoral, realizada bajo la dirección del profesor A. Balil. Recuerdo complacido y con un ápice de orgullo haber tenido alguna influencia en la elección del tema, convencido del interés de avanzar un paso más en lo que había sido mi propia tesis sobre las primeras etapas metalúrgicas en la Cuenca del Duero. Y nunca me arrepentiré de la decisión porque el trabajo de Julio rindió por encima de lo esperado, al ser capaz de vislumbrar la existencia en el Norte de la Meseta de un potente y apenas sospechado brote de aquel Bronce Atlántico que hasta entonces pareciera exclusivo en la Península del Noroeste y de las tierras portuguesas. Pero aún me atrevo a ir más lejos y a afirmar que la tesis de Manzano, asentada en un profundo conocimiento de la entonces más innovadora bibliografía sobre el tema, tanto francesa (Briard, Mohen, Cordier, Millotte) como inglesa (Burgess, Cowen, Needham, Rowlands), supuso una renovación y casi una refundación de los estudios del Bronce Final Atlántico en

España, devolviéndoles el buen sabor que cuatro décadas antes había dejado el ensayo magistral de Almagro sobre el pecio de la Ría de Huelva.

El trabajo del profesor Fernández Manzano sobre los depósitos, que tuve el privilegio de vivir muy de cerca, nos reportó a ambos muchas satisfacciones profesionales, pero sobre todo contribuyó a tejer entre nosotros una amistad fraternal que no tardaría en ampliarse a José Ignacio Herrán. Para regocijo común, los tres viajamos con frecuencia a Bembibre, a Cisneros, a Covaleda, a Huerta de Arriba, a Pico Cuerno, a Saldaña, a Valdevimbre... para entrevistar a los veteranos lugareños que medio siglo atrás habían protagonizado los descubrimientos de los escondrijos de bronce que han hecho célebres a todos estos sitios y para, con su información, reconstruir las circunstancias de los hallazgos, documentando de paso los singulares escenarios naturales en que estos se habían producido. Disfrutó mucho Julio en aquellos quehaceres, mucho más que en los trabajos de excavación arqueológica por los que mostró sin duda menos afición, aunque obsesionado por la descontextualización de los depósitos, tampoco rehusó intervenir en algunos yacimientos –los vallisoletanos de La Plaza, en Cogeces del Monte, o de Pórragos, en Bolaños de Campos- en un intento, en absoluto improductivo, de establecer correspondencias entre ellos y las etapas más tardías de la Edad del Bronce meseteña.

Otro campo de estudio cultivado exitosamente por Manzano fue el de la arqueometalurgia, en el que se introdujo muy tempranamente, tras conocer el trabajo de J. C. Sierra Rodríguez sobre las hachas plomadas de Samieira y participar a comienzos de los años 80 en un seminario sobre el mismo tema celebrado en el CENIM de Madrid. Pero los mejores frutos al respecto fueron los logrados en el marco del Proyecto Arqueometalurgia de la Península Ibérica que desde el Museo Arqueológico Nacional y el CSIC lideraban S. Rovira Llorens e I. Montero Ruiz. Si las primeras investigaciones de Julio se habían interesado sobre todo por la dimensión tipológica de los materiales, obsesionado razonablemente por secuenciarlos y por descubrir su grado de afinidad con los de otros rincones atlánticos, ahora se centrarían en reconstruir la cadena operativa de la metalurgia, desde las tareas extractivas del mineral a los tratamientos postfundición, pasando por el estudio de la composición química de minerales y productos acabados. Preocupado por los desafíos del aprovisionamiento en zonas sin mineralizaciones de cobre, como el centro de la Meseta, llevó a cabo junto a dos colaboradoras por las que sintió predilección, Mónica Hernansanz y Sonsoles Paradinas, una campaña de prospección en tierras de Ávila la cual permitió documentar una serie de minas cupríferas con huellas de explotación prehistórica. Así mismo, a petición de la Junta de Castilla y León, asumió la responsabilidad de los análisis compositivos de centenares de objetos metálicos del Calcolítico y la Edad del Bronce de todas

las provincias de la comunidad autónoma, los cuales acabarían siendo el punto de partida de la tesis de José Ignacio Herrán, realizada bajo su dirección.

Y con tan nutrido banco de datos estableció las bases de una trayectoria tecnológica, hasta entonces solo intuita, que se iniciaba en la fase Las Pozas con coladas simples, solo de Cu, para en el Bronce Antiguo añadirse por primera vez Sn (fase Parpantique) y con el tiempo (Cogotas I) abrirse paso los bronce ternarios, hasta alcanzar el Pb muy altas proporciones en el Horizonte Soto de Medinilla. Lo que disfrutó Julio presentando los resultados de esta investigación en los congresos internacionales de Dijon, de Harvard, de Montpellier o de Madrid, pero también en tantas pequeñas reuniones en las que junto a Rovira y Montero fueron habituales Paul Ambert, Maribel Martínez Navarrete o Miguel Ángel de Blas, solo lo sabemos sus más allegados, los que tuvimos la oportunidad de comprobar la satisfacción con que, a comienzos del nuevo siglo, hacía partícipe de los avances de su trabajo al sabio y ya entrado en años profesor Sangmeister, mientras ambos paseaban amigablemente por los viñedos inmediatos a la mina prehistórica de Pioch Farrus, en la región de Cabrières.

Finalmente, Las Médulas. Un ingente proyecto a través del cual Fernández Manzano volvía a sus orígenes pues, como gustaba recordar, su afición a la arqueología se había fraguado, siendo solo un muchacho, de la mano de su hermano mayor, Paco, y de su íntimo amigo Jose Rodríguez González, mientras prospectaban los castros, muy particularmente las llamadas Tetas del Bierzo, de los alrededores de Ponferrada. En Las Médulas, formando parte de un bien cohesionado equipo del CSIC, constituido por Javier Sánchez Palencia, Pachula Fernández-Posse, Almudena Orejas e Inés Sastre, con los que tuvo gran sintonía y complicidad, Julio se adoctrinó en otro tipo de arqueología. Sin duda Los Picuezos del frente de explotación de La Valiña, la Cueva, las zanjas-canales de La Furnia, el gran depósito de agua de La Horta, las galerías o túneles de Orellán o la red de canales de explotación del valle Airoso de Llamas de Cabrera constituían un precioso testimonio de ingeniería romana, merecedor de un estudio por sí solo, pero el planteamiento de aquellos investigadores iba más lejos. Se trataba de analizarlo como parte del paisaje cultural o de la huella dejada en el medio físico por un proceso histórico dado: la dominación romana del territorio en época augustea. Todo ello exigía conocer el mundo de los castros amurallados anteriores a Roma –y Julio se implicó sobre todo en la excavación de El Castrelín, de San Juan de Paluezas, y de La Cerca de Orellán– y en descubrir cómo se reestructuró el nuevo poblamiento (establecimiento metalúrgico de Orellán o vivienda del *procurator metallorum* de Las Pedreiras, junto al lago Carucedo), en torno a la singular explotación aurífera romana. Una vez más Manzano fue feliz trabajando en equipo y, en no menor medida, aleccionándonos a los compañeros del departamento de Valladolid sobre la entonces incipiente y todavía poco conocida en España Arqueología del Paisaje.

Y, en paralelo, se sintió legítimamente orgulloso de los importantes reconocimientos (declaración de Las Médulas “Patrimonio de la Humanidad” por la Unesco en 1997) y premios (el de la Real Fundación de Toledo de 1999) logrados por el proyecto que, a la postre, serían fundamentales para dinamizar cultural y turísticamente este deprimido y por él tan querido rincón del Bierzo.

Los últimos años de Julio Fernández Manzano en el Departamento, aunque siguiera presente en el Proyecto de Investigación del Recinto de Fosos Calcólítico de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid), aunque ostentara la presidencia del Comité Científico de la Fundación Las Médulas o aunque dedicara sus últimas fuerzas a rendir homenaje a su compañera fallecida María Dolores Fernández-Posse, por medio de un pequeño congreso y un libro de actas sobre la cultura de Cogotas I, fueron de decadencia y de pérdida de confianza en sí mismo. La enfermedad fue haciendo mella en él y la inseguridad fue retirándole poco a poco hasta obligarle a abandonar la universidad en 2013. Hoy, que nos falta definitivamente, sus compañeros reconocemos la importancia de su labor y, sobre todo, no hay día que no echemos en falta la complicidad de su sonrisa y el calor de su amistad. Descanse en paz.

GERMÁN DELIBES DE CASTRO